

Aquí llega el sol

Gabriel Ríos

JUAN CARLOS MALDONADO deja de escribir cartas a Lena. Imaginamos que en su adolescencia conoció el miedo y de pronto le fue divertido ser cínico; había una cierta grandeza en enlodarse y ser rebelde; trataba de ser listo, atrevido e ingenioso. Fue así como una noche deseó a la mujer más extraña y bella, cuya voz daba la sensación de una caricia: sin saberlo se había enamorado y quedado para siempre en el club de los *teenagers*.

Nuestro héroe, como en alguna novela de Gabriele d'Annunzio, es un coleccionista, poeta, *snob* y filántropo, pero en esta ocasión no sale airoso de las pruebas a que lo someten el erotismo y las drogas: desgarrado por conflictos interiores, sufre del materialismo y vacío metafísico; Eva María, Óscar, Legui, Fumarola, Gonino y otros asfódelos aprecian su cháchara.

El odio es puro y no se puede frenar con amor, ni por miedo a la represión y al castigo: la semilla del misántropo, del machista que converge en lo social e individual se visualiza en el violador, psicópata y asesino en serie.

El destino le depara un sueño en una sala de cine: un anciano y una preciosa mujer toman asiento a su lado; el perfil de ella es puro, destaca sobre el fondo sombrío del empapelado que ilumina la luz del candelabro... Al día siguiente fue cuando agredió al viejo, loco de celos, sólo porque el extraño disfrutaba del misterio de su ser interno.

Este intento de fábula se reacomoda de alguna manera con la idea de que la literatura es una contaminación y una feliz ocurrencia.

Pero volvamos sobre las huellas de Juan Carlos Maldonado, para recomendarle la lectura de la novela *La muerte del cervo*, de D'Annunzio, en la cual se representa al hombre moderno como un centauro mutilado, que resucita el mito primitivo, al unir su genio con la energía de la tierra.

En ese sentido y para estimular al enfermo, unas palabras de Hans Hinterhauser sobre la legitimidad de la nostalgia: “Un canto alterno a la sagrada naturaleza, siempre y cuando se renueve la escena de la lucha entre el centauro y el ciervo y los sexos se erijan con su acostumbrada violencia”.

Exhumar el cuerpo del personaje no es algo distinto. Se la ha pasado los últimos años de su vida, blasfemando: como una traslación a otro mundo, se le retrata a mitad de esta centuria, caminando por la calle, pensando en su amorcito que no lo ve desde aquella noche en el Gran Vals, cuando se reconocieron en la obsesión descarnada de sus voces diamantinas, en medio de sonrisas desgranadas en el siseo de hombres y mujeres que parecían muertos vivientes.

Se dice en *Aquí llega el sol*, que quién sabe si el consumo de psicofármacos por toda la sociedad no sea la preparación para el amor: la estética de la novela es como la sonrisa de un profeta que intenta alcanzar la alteridad; es un modo de ser que consiste en hacer revisiones irrelevantes —reflejos dialécticos— o farsas que incluyen tristezas, pero también la forma más pura de la fantasía, la domesticidad de la angustia; el arte es a lo que se refiere Benedetto Croce, cuando bebe el digestivo que le invitan José Asunción Silva y Antonio Marimón.

El mundo de la simulación es un trabajo anónimo, a la vez colectivo y muy personal, se comenta en *Aquí llega el sol* y en otro momento Maldonado escucha a Eva María, quien habla de sus puterías, del misterio de la presencia de la vida animal neutralizada. •

GABRIEL RÍOS es escritor. Sus colaboraciones han aparecido en los suplementos *La Jornada Semanal (La Jornada)* y *El Ángel (Reforma)*, así como en la extinta revista *Equis*.